

DISCURSO

pronunciado por el Sr. Dr. don Antonio Gómez Restrepo, Consiliario del Colegio Mayor de N. S. del Rosario, en la solemne recepción de la estatua de CRISTO REY

En los tiempos antiguos, cuando las ciudades se defendían al abrigo de las murallas y torreones, al presentarse por primera vez un monarca o al entrar un conquistador, el jefe de la plaza abría de par en par las ferradas puertas y entregaba la llave al huésped victorioso. Hoy, la capital de la república, no teniendo puertas de bronce que abrir ni llave de oro que entregar, abre las puertas de todos los corazones y ofrenda la llave de su voluntad, para recibir esta visita de un Rey de paz, que no llega como conquistador a un país enemigo, ni como monarca a una región desconocida de sus dominios, porque esta antigua ciudad de Santafé le pertenece desde hace cuatrocientos años. De ella y de toda la nación que es hoy República de Colombia, tomó posesión el día mismo en que Jiménez de Quesada señaló con su espada invicta el recinto de la futura ciudad, pues al lado del estandarte de Castilla, símbolo de imperio y de dominación, se ofreció a las miradas atónitas de las tribus indígenas el Cristo de la conquista, toscamente trazado sobre burdo lienzo.

Entonces los pobres habitantes de estas regiones, sumidos en las tinieblas de un culto idolátrico y adoradores de deformes deidades, pudieron contemplar con asombro la imagen de un Dios, revestido de forma humana, y que extendía los brazos, no para fulminar rayos destructores, sino para abarcar a todos los hombres en abrazo de amor, y que, en el momento de expirar en la cruz, pedía misericordia para sus verdugos.

Semejante espectáculo no lo habían soñado nunca aquellos seres primitivos, nacidos bajo la ley del rigor y la venganza; así lo que no habría logrado la espada sola del conquistador, lo alcanzó la cruz de Cristo, y en poco tiempo toda la población del Nuevo Reino estuvo unida bajo el símbolo de una misma fe; la dureza de la conquista tuvo un lenitivo en la dulzura de la predicación evangélica, en su doctrina de fraternidad y sus celestiales esperanzas; y desde ese momento empezó el reinado espiritual de Cristo sobre este pueblo, que nunca ha renegado de él, que nunca, ni en los instantes más aflictivos, ha dejado de tener puesta su esperanza en él, que por su fe ha batallado y ha sufrido y ha inscrito al frente de su canon constitucional el reconocimiento solemne de que la religión católica es esencial elemento del orden social; que en medio de los rápidos cambios de una nacionalidad joven, sobre la cual tienen las novedades tan peligrosa atracción, ha mostrado inquebrantable firmeza en su adhesión a la creencia tradicional. Si tendemos la vista por el panorama de nuestra historia, nos sorprende el cúmulo de mutaciones que se advierten en el curso de nuestra vida nacional: transformaciones políticas; cambios de constituciones, de leyes, de costumbres. Y en esa evolución constante, en ese flujo y reflujo de opiniones, de modas, de tendencias, siempre ha permanecido firme, en el centro de la nacionalidad, como columna de diamante, en torno de la cual ha girado toda nuestra vida social, la cruz de Cristo, que plantaron los conquistadores, que besaron al morir los mártires de la patria, que ha inspirado las más hermosas manifestaciones del pensamiento y del arte colombianos. Hacia ella han ascendido, con vuelo de águila, los cantos de nuestros poetas; ella ha iluminado con reflejos de belleza ideal los lienzos de nuestros pintores; ella ha dado mística resonancia a las sinfonías de nuestros músicos.

Contra ella se han estrellado inútilmente los ímpetus revolucionarios, que a manera de olas embravecidas, han tenido que retroceder, sin dejar otro recuerdo que girones de espuma, como testimonio de la rabia impotente de la fuerza bruta vencida por el poder inefable del espíritu.

Y ay del país si esta fe se hubiera debilitado o hubiera huido de nuestra sociedad! Porque allí donde la influencia de Cristo se amortigua, se forma un vacío inmenso, que llenan tumultuosamente la barbarie, disfrazada con los arreos de la civilización y la tiranía cubierta con los andrajos de la libertad. Ejemplo elocuente nos ofrece Rusia, esa gigantesta aglomeración de pueblos, a los cuales daba cohesión la religión cristiana, fervorosamente profesada, y que hoy, derribados los altares de Cristo, rinde culto idolátrico a las cenizas de Lenin, el organizador de aquella monstruosa tiranía, más cruel que la de los Zares, pues no se limita, como ésta, a la esfera política, sino que penetrando en el campo social, ha hecho del pueblo ruso una grey esclava, sin derechos civiles, sin autonomía individual, reduciéndolo casi a la condición automática de los emjambres que pueblan una colmena.

La humanidad entregada a sí misma tiende fácilmente a la barbarie. Así, cuando terminó la guerra de las naciones, que tan tremendos estragos produjo y que pareció conmover los cimientos de la civilización europea y aun ponerla en peligro de zozobrar, varios grandes estadistas ingleses, nada místicos por cierto, lanzaron un manifiesto al mundo para proclamar la necesidad de un remedio supremo que pudiese aliviar tan mortales dolencias. ¿Y sabéis cuál era ese remedio? ¿Quizá una liga de pueblos, un concierto económico, una transformación de la vida política y social? No! Lo que ellos proclamaron altamente fue la urgencia de que el mundo volviera a Jesucristo para que sobre los

millones de cadáveres y el océano de sangre en que se ahogaba Europa, se levantara un signo de paz, un iris de esperanza, algo que hiciera recordar a los hombres que son hijos de un mismo padre.

Hoy llega aquí Jesucristo como Rey pacífico en medio de un pueblo que ama la paz, así la de las conciencias como la pública y social; y el regocijo que causa este suceso, el entusiasmo maravilloso que despier ta en todas las clases sociales, es un fausto augurio de que la providencia reserva días bonancibles a este país, como compensación de las graves inquietudes que a manera de negros nubarrones se han cernido sobre su cielo. Un pueblo que rinde culto a un ideal no tiene por qué desfallecer; aún en los instantes de dura prueba, tendrá siempre delante de los ojos, para disipar las sombras del desaliento, la columna luminosa que guiaba a los israelitas y reanimaba su esperanza en las rudas etapas del desierto, cuando las áridas rocas no dejaban brotar ni un hilo de agua y de la tierra estéril no se levantaba la consoladora promesa de una espiga.

Vuelve, Señor, los mansos ojos a este pueblo que te recibe con voces de hosana y cubre de flores las calles que tu imagen va a recorrer. No repetirá esta ciudad la triste escena de la voluble Jerusalén que el domingo de ramos te recibió en triunfo y pocos días después te crucificó en el Calvario; no cambiará los ramos de olivo por el cetro de caña y la corona de espigas. Este pueblo te ha sido fiel en lo pasado; lo es en lo presente y seguirá siéndolo en lo futuro. Aquí lo tienes unido y compacto. Aquí están las clases laboriosas, los honrados obreros que recuerdan con orgullo que tú pasaste tus primeros años en el taller de un artesano y pusiste tus divinas manos en los instrumentos del trabajo; aquí los enjambres juveniles, que se apiñan en torno tuyo ansiosos de libar la miel de tus celestiales

doctrinas; aquí los soldados de la república que rinden las armas a tu paso, armas que (así lo esperamos de la bondad del Cielo) no tendrán nunca que dispararse contra pechos de hermanos y sólo servirán, como ahora sirven, para hacer respetar el orden y la majestad de la patria; aquí tus ministros, animados de celo apostólico y de espíritu de caridad, muy distintos, por tanto de aquel sacerdocio farisaico que hizo de la soberbia una virtud y te mandó a la muerte en nombre de una ley que no comprendía; aquí los altos magistrados de la república que no son como el Procónsul romano, agentes implacables de la fuerza de un poder extraño, sino legítimos representantes de una nación soberana e independiente, que estima la libertad como uno de los dones más preciosos que Dios concedió a los hombres y a los pueblos; y aquí, finalmente, un magnífico coro, digno representante del sexo femenino que tiene derecho a ocupar puesto de honor en todo lo que a Cristo se refiere, porque, cuando los discípulos huían, sólo un grupo de mujeres te siguió por la vía dolorosa y te acompañó en el Calvario, desafiando con sus lágrimas el furor de la plebe sanguinaria; y fue una mujer la que acudió antes que nadie al sepulcro para regarlo con su llanto y ungir el cuerpo del Maestro con aromas, correspondiéndole el glorioso privilegio de ser la primera en anunciar al mundo que un Dios se había levantado de las entrañas de la tumba.

Y si este concurso es inmenso hay otro invisible, más grande todavía; porque podemos creer piadosamente que aquí se agrupan las cristianas generaciones que nos precedieron, que nos legaron con su sangre una secular tradición religiosa y duermen el sueño eterno al amparo del signo redentor. Y al par con las sombras venerables de nuestros padres y abuelos, contemplamos aquí visiones risueñas del porvenir, y podemos

imaginar que en cada una de las frescas flores que adornan y perfuman la ciudad, está representado uno de los millares de niños que sonríen en la cuna y en cuyas frentes luce el signo del cristiano, como una esperanza y una promesa de que las nuevas generaciones emularán a las antiguas en su fidelidad al Redentor del mundo.

Llega, Señor, que esta sociedad necesita una palabra de aliento, una señal de consuelo. Hay almas a donde en muchos años no ha entrado un rayo de luz; que andan inciertas y solitarias por la tierra. La colectividad entera sufre inquietudes y zozobras, reveladoras de una peligrosa depresión de los ánimos, producida por la ruina de las ilusiones en una prosperidad y bienandanza que parecían muy próximas y que ahora se ven en lejana perspectiva.

Bien sabemos que tu reino no es de este mundo y que los bienes temporales no forman parte de tu herencia. Pero sabemos que tienes poder de calmar las tempestades cuando los hombres se vuelven a tí para exclamar con angustia: «Señor, sálvanos, que perecemos!» Y conocemos también el influjo poderoso de las fuerzas morales para devolver a los pueblos la confianza en la acción eficaz y bien intencionada, contener el desaliento y disipar las nubes del pesimismo. Así como el espíritu de Dios flotaba sobre las aguas en los primeros tiempos de la creación, y de los horrores del caos hizo surgir la luz y toda la espléndida armonía del universo, de la misma manera puede, en horas en que el mundo se agita en confusión y parecen amenazadas de disolución las antiguas estructuras políticas y sociales, soplar sobre ese nuevo caos para restaurar la armonía perturbada y encender en los espíritus la luz de la esperanza.

Uno de tus adversarios, que consagró su gran talento de escritor a tratar de despojarte de tu aureola

divina, aunque no de tu grandeza humana, exclama en un arranque de sinceridad, semejante a la confesión del centurión romano en la hora en que expiraste: «Mil veces más vivo, mil veces más amado después de tu muerte que durante los días de tu paso por la tierra, tú eres de tal manera la piedra angular de la humanidad, que arrancar tu nombre de este mundo, equivaldría a conmoerlo hasta sus cimientos».

Y en esta vez dijo una gran verdad Ernesto Renán. Porque si Cristo desapareciera, se extinguiría lo único vivo que se levanta en la vasta necrópolis de la historia, el único ser contemporáneo de todos los siglos, que para cada nueva generación tiene la palabra salvadora, la fórmula de redención. Sería como si el sol desapareciera del firmamento, y con él la luz, el calor, la energía vital; extinguiéndose toda la hermosura de la naturaleza y toda la alegría de la existencia.

Permitidme una reminiscencia personal, inspirada por una coincidencia de fecha. Hoy hace un año me encontraba en la ciudad Santa de Jerusalén, y conservo, junto con muchos dulces recuerdos, el muy sugestivo del contraste que allí se ofrece al viajero todos los días. De una parte véanse grupos de hebreos, llegados de diversos países, y pegados al muro de las lamentaciones, único resto que aún queda del templo que edificó Salomón, llorando con melancólicos y dolientes gemidos, la muerta nacionalidad, la gloria extinguida, las esperanzas siempre renacientes y siempre engañadas; y de otra parte, en la colina del Calvario, millares de peregrinos cristianos, que entonan himnos de júbilo y besan con transportes de amor encendido un sepulcro vacío, por cuya posesión han luchado secularmente pueblos y razas y cuya contemplación produce la emoción más honda aun en pechos indiferentes, por-

que se siente y se palpa que allí está el eje de la historia; que aquella roca sagrada es el punto central del mundo. El muro hebreo es símbolo de la letra que mata, el sepulcro de Jesús lo es del espíritu que da la vida.

Cuando el Satán que pinta Milton en el *Paraiso Perdido*, escapado de los abismos infernales, se lanza a los espacios en busca de la tierra, morada feliz del primer hombre, ve de pronto salir el sol en todo el esplendor de su belleza, y entonces, en un acceso de envidia y de odio contra todo cuanto representa vida y alegría, exclama enfurecido: «Oh sol! Yo te aborrezco!»

El pueblo fiel al ver aparecer la mansa figura del Salvador, en actitud de bendecir al mundo, exclama, en raptó de entusiasmo y amor: «Oh sol de caridad y de dulzura, yo te adoro!»

DISCURSO

pronunciado por el Sr. Dr. Francisco de P. Pérez, Ministro de Hacienda y Crédito Público, el día de la solemne recepción de la estatua de CRISTO REY

Excelentísimo señor Presidente de la República, excelentísimo señor Nuncio, ilustrísimo señor Arzobispo, señoras y señores:

Aquí, en esta misma plaza, que recogió estremecida el grito heroico de los insurgentes y que sintió las pisadas victoriosas del corcel de Bolívar, nos congregamos a rendir homenaje al Divino Libertador de las almas.

Las jornadas de la República iluminaron sus horizontes con los fulgores de aquellas enseñanzas, que impusieron al paganismo la fuga de sus dioses, y que